1. **KERIGMA Y CATEQUESIS**. El anuncio del evangelio, según se presenta en el Nuevo Testamento, se desarrollaba en dos niveles: primero se anunciaba la resurrección de Jesucristo, y luego, a quienes se habían convertido, se les ofrecía una enseñanza más sólida sobre la vida que debían llevar en adelante y sobre las palabras y obras de Jesús.

Estos dos niveles de la formación cristiana parecen reflejarse, por ejemplo, en la manera de argumentar Pablo en algunos pasajes de sus cartas (cf 1Cor 3,10-11; ICor 15). Pero el texto más citado para mostrar las etapas de la evangelización es, sin duda, Heb 5,12-13, donde se contrapone la leche, o primeros rudimentos de la fe, y el alimento sólido. Los términos con que más frecuentemente se designa en el Nuevo Testamento la enseñanza que recibían los convertidos son didaskein (95 veces), que significa enseñar, y, probablemente introducido por Pablo, katechein (17 veces), que significa resonar y también instruir de viva voz. Catequesis es la expresión que ha hecho fortuna, aunque en el Nuevo Testamento no es ni mucho menos un término técnico. Necesita que el contexto (cf ICor 14,19) o un complemento (cf Gál 6,6) refiera su significado precisamente a la instrucción cristiana. El complemento que acompaña a katechein en He 18,25 –«lo habían instruido [a Apolo] en el camino del Señor»– muestra bien a las claras qué clase de instrucción es la catequesis: más que comunicación de unos saberes, es iniciación a la vida de comunión con Cristo.

2. **CONTENIDOS DE LA CATEQUESIS**. Si bien algunos han creído encontrar en el Nuevo Testamento el catecismo de la Iglesia primitiva1, la verdad es que sólo se puede hablar de algunos esquemas, en torno a los cuales se organizaría la catequesis moral y dogmática, y que perduraron en la literatura catequética posterior. El esquema más frecuentemente utilizado en la catequesis moral es el de los dos caminos. En él se insertan otros temas morales, como la regla de oro, el decálogo, las bienaventuranzas, preceptos sobre relaciones sociales. De origen enteramente judío, pasa fielmente acogido por los Padres apostólicos y, sin cambios notables, a la catequesis cristiana. Se encuentra bien sistematizado en Didajé 1-6 y en Carta de Bernabé 18-20; más o menos desarrollado se encuentra en Pastor de Hermas, Segunda epístola de Clemente, Homilías pseudoclementinas y Constituciones apostólicas.

La catequesis doctrinal se desarrolla a partir de los núcleos kerigmáticos, los himnos y confesiones de fe, contenidos en el Nuevo Testamento. Responde a la necesidad de enseñar, a quienes se iban a bautizar, la fe que se les pedía profesar antes del bautismo. Consiste en la presentación del designio salvador de Dios, culminado en Cristo, según se va desplegando a lo largo de la Sagrada Escritura. No se puede decir que existiera un credo oficial en el siglo II, pero tanto Justino (Primera apología 13, 1-3) como Ireneo (Demostración 6-7), entre otros, ofrecen ejemplos de cómo se va avanzando hacia una formulación común de la fe trinitaria.

3. **ORGANIZACIÓN DEL CATECUMENADO**. Hasta la segunda mitad del siglo II no parece que haya existido una institución especializada en la preparación bautismal de los convertidos. Justino (Primera apología 61-66) da testimonio, al menos, de la preparación litúrgica inmediata. En el siglo III, el catecumenado aparece vigorosamente establecido en las principales Iglesias. Por lo que se refiere a Roma, Hipólito presenta en su Tradición apostólica (aproximadamente en el 215) una reglamentación catecumenal bastante completa, que debió influir notablemente en otras Iglesias. Diversos escritos de Tertuliano (t 220) y Cipriano (t 258) dan información sobre el catecumenado en Cartago. En Egipto, según Clemente de Alejandría, existiría una escuela de catecúmenos al empezar el siglo III. Orígenes informa de la actividad catecumenal en Cesarea de Palestina, hacia el 240. El catecumenado en el área siro-palestina está atestiguado por la Didascalía, los Hechos apócrifos de los apóstoles y las Homilías pseudoclementinas.

La tradición apostólica cuenta el proceso que siguen «los que se presentan por primera vez a escuchar la Palabra». Antes de ser admitidos, son interrogados acerca de sus intenciones (se recaba también el testimonio de quienes los han conducido a la fe), su estado de vida y su profesión, con el fin de averiguar si reúnen las condiciones necesarias para seguir con provecho el catecumenado. Quienes superaban este primer examen, ya oficialmente catecúmenos, empezaban un período de unos tres años de iniciación en la doctrina y en la vida cristiana, a cargo del catequista –clérigo o laico– designado por la comunidad, quien, además, oraba con ellos y les imponía las manos. Transcurrido este período, los catecúmenos eran examinados de nuevo, principalmente sobre su vida moral. También entonces se reclamaba el testimonio de quienes habían sido sus garantes cuando vinieron la primera vez. Los que son elegidos para recibir el bautismo, empiezan la preparación inmediata, mucho más breve, en la que escuchaban el evangelio, se les imponían las manos y eran exorcizados por el obispo. Finalmente, después de ayunar el viernes y velar y orar el sábado, al amanecer del domingo eran bautizados y confirmados, y admitidos a la eucaristía.

Aunque se bautizaba a niños –se cuenta en la Tradición apostólica 21–, no existían en el catecumenado ni ritos ni catequesis infantiles. Los padres o alguien de la familia respondían por ellos.

La existencia y funcionamiento de la institución catecumenal tal como se describe en la Tradición apostólica y en los otros documentos citados, pone de manifiesto, en primer lugar, la fuerza de la acción misionera, realizada por todos los miembros de la comunidad. Justino (Primera apología 60-61), las Homilías pseudoclementinas (13, 10), la Didascalía (II 56, 4) y Orígenes (Contra Celso 3, 55) atestiguan el interés de los verdaderos creyentes por presentar el evangelio a cuantos les rodeaban. Eran laicos, creyentes convencidos, quienes traían ante los catequistas a los aspirantes a catecúmenos. El catecumenado del siglo III pone también de manifiesto la seriedad de las exigencias de la conversión. Siendo las comunidades cristianas minoritarias, en un ambiente hostil, preferían disuadir a quienes no estaban dispuestos a vivir conforme al evangelio. Muestra, por último, el catecumenado la complejidad de la iniciación cristiana, que tiene lugar propiamente en la celebración de los sacramentos, pero que incluye también los aspectos experienciales, cognoscitivos, morales, a través de los cuales se vive y se expresa la vida nueva que se recibe como don.

4. **LA DIDACHÉ O ENSEÑANZA DE LOS DOCE APÓSTOLES** es uno de los escritos más venerables que nos ha legado la antigüedad cristiana. Baste decir que su composición se data en torno al año 70; casi contemporáneamente, por tanto, a algunos libros del Nuevo Testamento. A través de formulaciones claras, asequibles tanto a mentes cultas como a inteligencias menos ilustradas, se enumeran normas morales, litúrgicas y disciplinares que han de guiar la conducta, la oración, la vida de los cristianos. Se trata de un documento catequético, breve, destinado probablemente a dar la primera instrucción a los neófitos o a los catecúmenos.

Se desconoce el autor y el lugar de composición de la Didaché. Algunos estudiosos hablan más bien de un compilador, que habría puesto por escrito algunas enseñanzas de la predicación apostólica. Se sitúa su redacción en suelo sirio o tal vez egipcio.

En este libro se distinguen cuatro partes.

**La primera**, de contenido catequético-moral, está basada en la enseñanza de los dos caminos que se le presentan al hombre: el que conduce a la vida y el que lleva a la muerte eterna.

 **La segunda parte**, de carácter litúrgico, trata del modo de administrar el Bautismo—puerta de los demás sacramentos—, del ayuno y la oración—muy practicados por los primeros cristianos—y de la celebración de la Eucaristía.

**El Bautismo**

En la Didaché se encuentra información de valioso interés apologético porque se describen las prácticas católicas de bautizar tanto por inmersión como por infusión:

“Acerca del bautismo, bautizad de esta manera: Dichas con anterioridad todas estas cosas, bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en agua viva [corriente]. Si no tienes agua viva, bautiza con otra agua; si no puedes hacerlo con agua fría, hazlo con caliente. Si no tuvieres una ni otra, derrama agua en la cabeza tres veces en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Antes del bautismo, ayunen el bautizante y el bautizando y algunos otros que puedan. Al bautizando, empero, le mandarás ayunar uno o dos días antes.” (Didaché 7,1-4)

El texto de la Didaché también arroja mucha luz sobre la antigua polémica relacionada a la formula de bautismal, sobre si en la Iglesia primitiva se bautizaba sólo en nombre de Jesús como se menciona en Hechos 2,38; 8,16; 10,48; 19,5, o en nombre de la Trinidad como Jesús ordena en Mateo 28,19. Esto, porque la Didaché también hace referencia al bautismo en nombre del Señor (Didaché 9) pero cuando indica las palabras a utilizar al momento de bautizar se dice que ha de hacerse en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo:

“Que nadie coma ni beba de vuestra acción de gracias, sino los bautizados en nombre del Señor…” (Didaché 9)

“…bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Didaché 7)

Esto apoya la tesis de que efectivamente cuando en la Escritura se hace referencia al bautismo en nombre de Jesús lo que se hacía era hacer referencia de forma abreviada al bautismo en nombre de la Trinidad, diferenciandolo así de otros bautismos como el de Juan el bautista. También descarta el hecho de que la fórmula Trinitaria haya sido una interpolación tardía originada en el siglo IV, tal como han supuesto algunas sectas que rechazan la doctrina de la Trinidad [5].

 **La tercera parte** trata de la disciplina de la comunidad cristiana y de algunas funciones eclesiásticas. Se explica también, sintéticamente, el modo de celebrar el día del Señor (nuestro actual domingo), y se alude—entre otras—a dos costumbres que manifiestan la finura de caridad que practicaban nuestros primeros hermanos en la fe: la hospitalidad—con advertencias ante los abusos de quienes buscaban vivir a costa de los demás—y la corrección fraterna.

**La celebración de la Eucaristía**

Si bien en la Didaché no encontramos un testimonio explícito a favor de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, doctrina católica rechazada casi unánimemente por el protestantismo, si encontramos un texto que la insinúa implícitamente al exigir que sólo puedan acceder a ella los bautizados por ser un alimento sagrado.

“Respecto a la acción de gracias, daréis gracias de esta manera: Primeramente, sobre el cáliz: Te damos gracias, Padre nuestro, por la santa viña de David, tu siervo, la que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu siervo. A ti sea la gloria por los siglos. Luego, sobre el fragmento: Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y el conocimiento que nos manifestaste por medio de Jesús, tu siervo. A ti sea la gloria por los siglos. Como este fragmento estaba disperso sobre los montes y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder por Jesucristo eternamente. Que nadie, empero, coma ni beba de vuestra acción de gracias, sino los bautizados en el nombre del Señor, pues acerca de ello dijo el Señor: No deis lo santo a los perros” (Didaché 9,1-4)

 “Reunidos cada día del Señor, romped el pan y dad gracias, … Porque éste es el sacrificio del que dijo el Señor: En todo lugar y en todo tiempo se me ofrece un sacrificio puro, porque yo soy rey grande, dice el Señor, y mi Nombre es admirable entre las naciones.” (Didaché 14,1-3)

Cabe resaltar que la doctrina católica no enseña que Cristo se “resacrifica” en cada Misa como asumen muchos protestantes de forma errónea. Lo que enseña es que el único sacrificio de Cristo es presentado a Dios Padre en cada Eucaristía, y por eso en el Catecismo oficial de la Iglesia Católica se ensena que “actualiza el único sacrificio de Cristo Salvador”(CEC 1330) y no que lo “repite”.

**La forma de orar**

Respecto a la forma de orar, la Didaché presenta instrucciones muy interesantes de orden apologético de cara a las críticas del protestantismo con respecto a las oraciones prefabricadas católicas. Esto, porque si bien el protestantismo ha visto tradicionalmente en este tipo de oraciones un tipo de oración vacía, aquí se enseña precisamente a recitar el “Padre Nuestro”, una oración ciertamente prefabricada, como contraposición a la oración de los hipócritas [6].

“Tampoco oréis a la manera de los hipócritas, sino que, como el Señor lo mandó en su Evangelio, así oraréis: Padre nuestro celestial, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad como en el cielo, así en la tierra. El pan nuestro de nuestra subsistencia dánoslo hoy y perdónanos nuestra deuda, así como también nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos lleves a la tentación, mas líbranos del mal. Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos. Así oraréis tres veces al día.” (Didaché 8,2-3)

**Confesión de los pecados**

En contraposición con la práctica común dentro del protestantismo donde la persona se confiesa directo con Dios, en la Didaché encontramos un temprano testimonio de la disciplina penitencial de la Iglesia primitiva que inicialmente implicaba una confesión pública de los pecados ante los presbíteros y la comunidad tal como se menciona en la Sagrada Escritura (Hechos 19,18; Santiago 5,16) y cuya forma de desarrolló paulatinamente hasta la confesión auricular que conocemos hoy en día [8].

“Reunidos cada día del Señor, romped el pan y dad gracias, después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro.” (Didaché 14,1)

**La limosna**

Se encuentra también una breve mención a la limosna como una obra piadosa ordenada en el evangelio.

“Respecto a vuestras oraciones, limosnas y todas las demás acciones, las haréis conforme lo tenéis mandado en el Evangelio de nuestro Señor.” (Didaché 15,4)

Ahora, ¿se refería esta limosna también a la contribución voluntaria de los fieles para el sostenimiento de la Iglesia y la ayuda de los más necesitados mencionada en Romanos 15,26-28; 1 Corintios 16,1; 2 Corintios 8,10? Si bien el texto no lo indica es bastante probable. Lo que si parece ser seguro es la ausencia total de la práctica del diezmo tal como la ha adoptado el protestantismo y que ha sido derivada de la Ley Mosaica prescrita en el Antiguo Testamento. La norma cristiana reflejada en la Didaché es por el contrario la misma norma evangélica donde cada creyente debe contribuir no con un estricto 10%, sino “según el dictamen de su corazón, no de mala gana ni forzado, pues: Dios ama al que da con alegría.” (2 Corintios 9,7)

**La cuarta y última sección** comienza parafraseando la exhortación de Jesús a vivir vigilantes, a prepararse para la hora en la que el Señor viene. Esta parte acaba con una síntesis de las principales enseñanzas escatológicas pronunciadas por el Maestro.

Para los primeros cristianos había que estar preparados precisamente por la razon contraria: porque al no saber ni el día ni la hora, lo prudente era evitar que los tomara desprevenidos.

“Vigilad sobre vuestra vida; no se apaguen vuestras linternas ni se desciñan vuestros lomos, sino estad preparados, porque no sabéis la hora en que va a venir vuestro Señor” (Didaché 16,1-2)